

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 8 DE ENERO DE 1923

No. 16

Washington y Centro América

POR JACINTO LOPEZ

LA conferencia de repúblicas centro-americanas convocada por el Gobierno de los Estados Unidos para reunirse en Washington en diciembre, difiere en orígenes, en métodos, en propósitos, en carácter y en espíritu, de la que se celebró en la misma ciudad en 1907 bajo la Administración del Presidente Roosevelt. Es muy importante establecer este hecho para que no se crea, como a primera vista pudiera parecer, que esta segunda conferencia sigue el antecedente de la primera, o guarda alguna tradición o relación con ella, o que tienen entre sí las dos algo común o siquiera semejante.

Mucha agua ha corrido debajo del puente desde 1907. Están de por medio las Administraciones de Taft y de Wilson, que para Centro América y las repúblicas del Caribe fueron catastróficas. Después de la destrucción de Nicaragua como nación, consumada por Taft y por Knox del modo más grotesco y brutal; después de la infame invención, por estos dos grandes malhechores, de la llamada diplomacia del dollar como un pretexto o como un instrumento para sus siniestros fines de esclavización y ambición de las repúblicas centroamericanas; después de las tentativas de aplicación a Honduras de esta inhumana y cobarde política en 1910; después de la pasividad y el silencio de los gobiernos centroamericanos, salvo el de El Salvador, ante la invasión y la conquista de Nicaragua por los filibusteros Taft y Knox en 1912; después de la escandalosa intervención de estos mismos malvados piratas para derribar el Gobierno establecido en Nicaragua y hacer triunfar una revolución de traidores aliados con Washington para hacer de Nicaragua un feudo de los lobos políticos de Washington y de los lobos financieros de Wall Street, sin la más tímida protesta siquiera de los pueblos centroamericanos hermanos del pueblo nicaragüense y cuyos gobiernos quedaban de hecho sometidos al mismo régimen bárbaro puesto en práctica para suprimir al de Nicaragua y abrir el camino a la invasión y a la muerte; después de Wilson,

que continuó y consolidó la obra criminal de Taft y de Knox y a la violencia y desenfreno de los procedimientos de estos perversos, agregó el dolo y la perfidia de sus promesas en el último año de su gobierno para engañar al pueblo de Nicaragua, como engañó al de Cuba, y perpetuar el predominio de la horda que tiraniza y explota a Nicaragua de concierto con los banqueros y demás vampiros americanos, sostenidos todos por Washington; después de la presencia permanente en Managua, desde 1912, de una fuerza militar americana para proteger a los opresores nacionales y extranjeros del pueblo nicaragüense; las relaciones entre Washington y Centro América carecen de toda decencia, de toda nobleza y de toda dignidad; porque toda base de derecho, de justicia, de uso reconocido, de respeto recíproco, de amistad genuina, de igualdad, de personalidad, ha sido total e ignominiosamente destruída en el desbordamiento y la locura del imperialismo personal, presidencial e irresponsable de los hombres que han ejercido el poder en Washington en los últimos doce años, es decir, desde Taft.

Las cinco repúblicas existían plena y positivamente como naciones soberanas e independientes en 1907. La conferencia de ese año en Washington fué la expresión más real y más cabal de esta existencia. La conferencia fué genuinamente centroamericana desde su iniciativa y Washington no hizo sino ofrecerle su hospitalidad. Los gobiernos y los pueblos que aceptaron esta hospitalidad no habían sido ultrajados ni supeditados por Washington como lo han sido después y pudieron con toda dignidad y toda libertad venir a Washington y deliberar entre sí sobre sus propios asuntos e intereses bajo los auspicios de un Gobierno que les había dado las más claras pruebas de sincera amistad y de leal solicitud por los bienes que les eran más caros, la paz y las buenas relaciones entre ellos mismos; y que había puesto además el mayor empeño y la mayor constancia en afirmar el hecho de que su cooperación, en las circunstancias en

que era ofrecida, era puramente amistosa y su función se reducía a secundar por los medios lícitos y posibles los deseos y designios de los gobiernos concurrentes, con los cuales estaba en perfecto acuerdo.

Peró las cosas han cambiado radical y desastrosamente. Taft y Knox y Wilson degradaron y abatieron a los gobiernos centroamericanos hasta el punto de anonadarlos y reducirlos a la triste condición de gobiernos nominales, que no existen sino por la voluntad, o el capricho, o la tolerancia de Washington y cuyos ocupantes puede Washington quitar o poner según convenga a las pasiones y los intereses personales de los hombres que gobiernen en Washington o a las concupiscencias del imperialismo americano según a ellos se les antoje interpretarlo. Un cablegrama de Hughes fué suficiente para paralizar la acción constitucional del Gobierno de la Federación Centroamericana en diciembre de 1921, y garantizar en consecuencia la impunidad y la estabilidad de la traición de Orellana en Guatemala. Un telegrama de Washington, una declaración del Ministro americano en una de las cinco ciudades capitales, no importa en qué ocasión, basta para detener el curso de las cosas en aquella región, o cambiarlo, o determinarlo, o precipitarlo. Washington es hoy supremo allí, su supremacía se ejerce sin miramiento, ni escrúpulo, ni forma alguna de decoro y de buenas maneras; y aquellos gobiernos, sin base alguna en la opinión de sus pueblos (excepto apenas Costa Rica) y presididos generalmente por hombres débiles e incapaces, tiemblan de miedo a Washington, viven bajo el terror de Washington y todo su esmero es lograr que Washington perdone y los deje vivir.

Nada podría ser más elocuente en la ilustración de la diferencia entre 1907 y 1922 cuanto a la situación internacional en Centro América entonces y hoy y la degeneración que han sufrido las relaciones políticas entre aquellos gobiernos y Washington desde Taft, que la impotencia de los esfuerzos del Presidente Roosevelt para impedir que Zelaya llevara la guerra a Honduras en marzo de 1907. Roosevelt no mostró por esto enojo alguno contra Zelaya; y no sólo no se negó a reconocer el gobierno provisional del